

## Justicia, genialmente injusta



Creo que pocas historias de las que yo conozco, pueden compararse en su injusticia infinita, en su mezquino afán de venganza, con el tratamiento que se le dio a uno de los mejores médicos que yo conocí: Leonardo Ariel Bonisguitar.

Gladys sólo tenía veintisiete años cuando esperaba a su segundo hijo. Leonardo era su médico de cabecera y le había diagnosticado cáncer de cuello de útero, tras lo cual le había advertido que si seguía adelante con el embarazo, estaba renunciando a su propia vida. Le explicó con absoluta claridad que la única alternativa era ella, o el niño. Todo el cuerpo de especialistas a los que fue derivada, opinó exactamente igual.

Gladys lo pensó, lo meditó, lo charló con su esposo y hasta lo habló con una psicóloga. Incluso lo dejó escrito en su diario “Creo que dar mi propia vida a cambio de la de mi hijo, es lo más sagrado que como madre puedo hacer por él. Me queda claro que a partir de ahora, cada día que transcurra, será un día menos de vida para mí, pero será uno más para mi hijo...”

El desesperado esposo se enojó y discutió con ella. Trató varias veces de calmarse y convencerla de los beneficios de un aborto. Le rogó al médico agarrándose su cara con las manos, pidiéndole que la convenciera del error a Gladys..., pero él le respondió que debía respetarse lo que ella decidiera.

- *Además, coincido con ella. Yo haría exactamente lo mismo que hace Gladys, si estuviese en su lugar* – intentó Leonardo explicarle al conmocionado padre, que lo miraba con espanto, mientras fruncía su cara enrojecida y le parpadeaban los ojos - *¿A qué más puede aspirar una madre? La valentía de Gladys me recuerda las palabras de Jesús cuando proclamó que no hay mayor amor, que el dar su vida por los demás...*
- *¡Usted...! ¡Usted es el que le ha metido en la cabeza a Gladys sus ideas, su religión...! ¡Mejor que a ella no le pase nada, doctor! ¡Si no usted, lo va a lamentar mucho...!* - le advirtió el marido, señalándolo con el índice. Y luego de propinarle un furioso golpe de puño al escritorio, se marchó, dejando rubricado con un sonoro portazo, su visceral disconformidad.

Y a pesar del inmenso sacrificio de Gladys, su hijo murió apenas ocho días después de nacido, a consecuencia de una malformación cardíaca que no respondió a los tratamientos. Ella, le siguió, tan solo una semana después. Madre e hijo, volvieron a estar juntos para siempre...

Todo un estudio de abogados se le echó encima a Leonardo, por petición expresa del enardecido viudo. La razón en la Justicia Humana suele estar del lado de los mejores abogados y este caso, no pareció ser la excepción. ¿Hubo mala praxis médica, o no? ¿Se

juzgaba a ese médico por su accionar o por su ideología...? Como alguien dijo, la mala praxis comienza donde terminan las discusiones científicas. El consentimiento informado, lo registrado en la historia clínica, los testigos... todo y todos, apuntaban a la decisión autónoma y soberana de Gladys. *El principio de autonomía del paciente, fue respetado...* - esbozó la abogada de Leonardo, nombrada de oficio. Sin dinero, sin seguro de responsabilidad civil, solo con un sueldo que apenas le permitía llegar a fin de mes... Leonardo fue un blanco fácil de los jurisconsultos y doctores de la Ley.

Captación de voluntad... Incapacidad relativa de la víctima a consecuencia del embarazo... Intromisión en la vida privada de un matrimonio, de ideologías vetustas y perimidas, que deben ser erradicadas... y que jamás deberían ser esbozadas por un médico en el ejercicio de su profesión... Homicidio culposo con dolo eventual... repitieron, machacando durante una hora y media que duró la lectura de la desdichada sentencia. La prensa se encargó de difundirlo, según se les había ordenado “desde arriba”...

- *¿Y qué les importará de mí a los que tienen el poder de acabar con la injusticia?* - me alcanzó a decir con un inmenso tono de amargura, mientras era acompañado por dos policías y unas frías esposas plateadas, que le amarraban por detrás sus brazos curtidos, esos que ha tantos niños habían traído al mundo...
- *Nadie hace nada a favor de nosotros...* - me dijo con tristeza a la mañana siguiente, la médica que había estado de guardia, luego de escucharme referir los pormenores del increíble juicio.
- *¿Quién está capacitado para juzgar si hubo o no, mala praxis?!* - nos decía perplejo un anciano médico, que jamás había conocido en su larga trayectoria profesional, otro juicio que no fuera el de su propia conciencia.
- *¿A cuantos les han arrebatado su vida con estas injusticias, con estas políticas de odio y de venganza!* - exclamó sollozando Cecilia, una enfermera a la cual todos conocíamos como la eterna novia de Leonardo.
- *Somos la veta que encontraron los abogados para llenarse de dinero...* - acotó uno de los médicos residentes, siendo apoyado por todos en unanimidad.

El ensordecedor ulular de una sirena y el chirriar de una frenada, nos sobresaltó. - *¡Un paciente en paro, un paciente en paro...!* - se oía vociferar a alguien en la entrada de la guardia. Corrimos todos y luego de una hora de trabajo, con sondas, tubos y un marcapaso transitorio, la enferma estaba recuperada y marchaba segura hacia la Unidad Coronaria.

Todos estábamos felices y orgullosos de la humilde tarea realizada. Cuando Cecilia me sirvió el primer café de la mañana... recién volví a recordar a Leonardo. No sabía si llorar o reírme de mi mismo. Pero desde ese día, siempre me preguntó de que estaremos hechos los médicos... *¿Será una mezcla rara de Quijotes, polvo de Luna y pedacitos de aquel corazón adolescente, que siempre se negó a madurar?*

Fin  
Fin